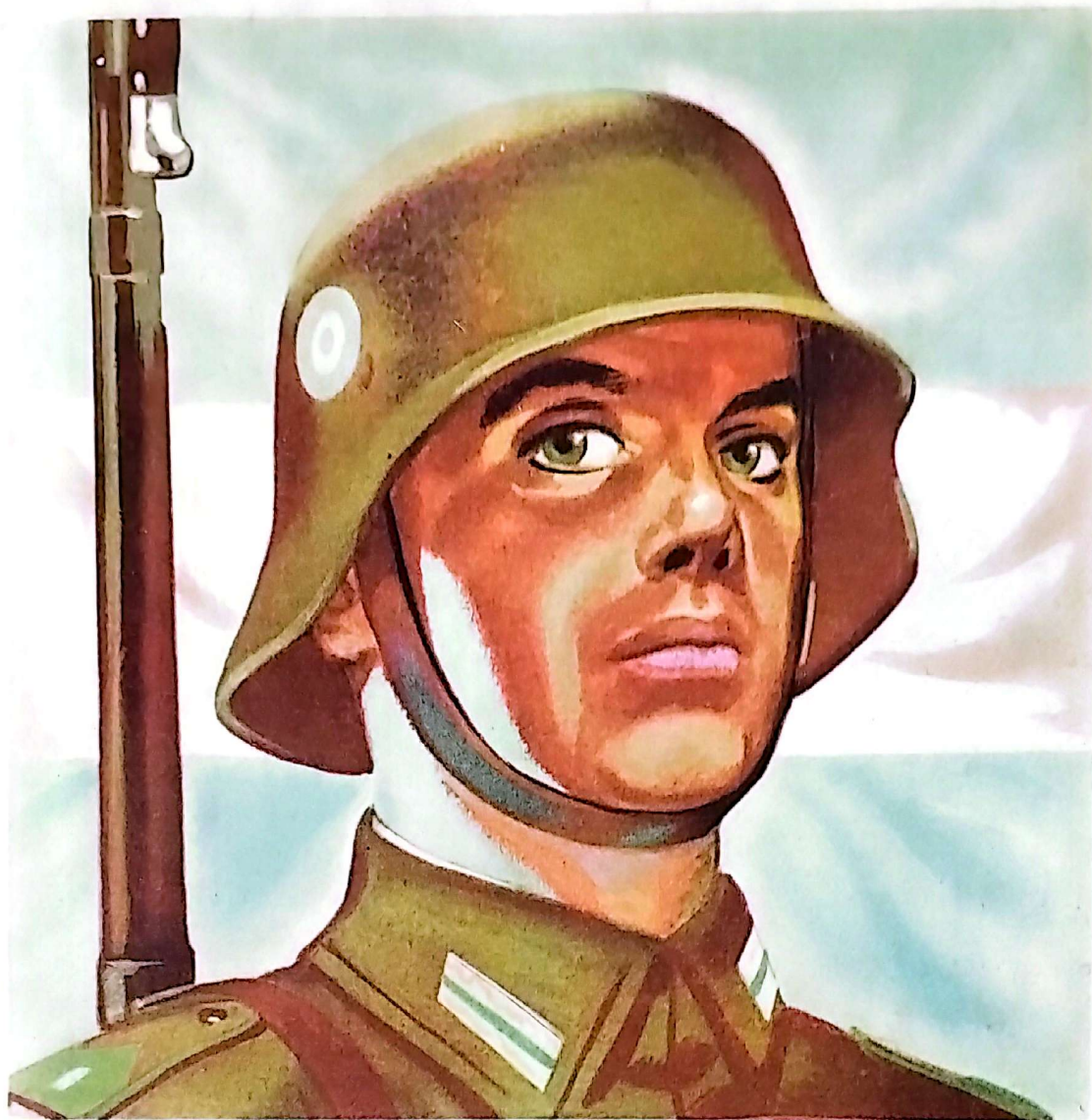


ADOLFO DÍEZ GÓMEZ



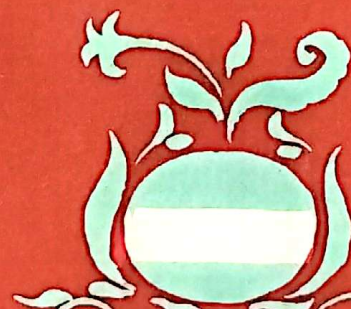
EL EJERCITO DEL PUEBLO

BIBLIOTECA INFANTIL "GENERAL PERON"

BUENOS AIRES

ADOLFO DíEZ GÓMEZ

EL EJÉRCITO
DEL PUEBLO





ADOLFO DÍEZ GÓMEZ

EL EJERCITO DEL PUEBLO



ILUSTRACIONES DE
RAFAEL T. PALAT

BIBLIOTECA INFANTIL "GENERAL PERON"

BUENOS AIRES



EL SOLDADO ARGENTINO

CON JUSTO ORGULLO, NOSOTROS, LOS ARGENTINOS, amamos nuestras instituciones armadas, ya que ellas nos han colmado de halagos y alfombrado el camino de laureles.

Desde la lejana época de las luchas por la emancipación, el soldado argentino ha sido un denodado campeón de la libertad y un escrupuloso cumplidor de sus deberes, ya sea en la batalla, en el cuartel o dentro de la sociedad. Hombre modesto, celoso en el desempeño de sus obligaciones, tenaz en la consecución de sus objetivos, audaz en la demanda, heroico en el sacrificio, abnegado hasta la inmolación, dotado de alma grande y de un corazón rebotante de nobleza, hizo siempre lo que debía, con suprema sencillez. Gracias a estas virtudes —fruto de una

raza privilegiada — levantó una patria poderosa, inmaculada y buena, acogedora y caritativa.

¡Soldado argentino! Palabras sublimes por lo que sintetizan de coraje, de elevación moral, de amor a los compromisos. En ellas se encierra toda una historia de renunciamento personal enderezado a brindarse totalmente al solar natal.

Innumerables poetas han cantado al soldado argentino, glorificándolo en la música de los versos. En homenaje a todos ellos, transcribimos un soneto del inspirado Luis Martínez Marcos.

EL SOLDADO

¡Es el instante de la lid tremenda!
Y entre el fragor del batallar avanza
Intrépido el soldado; es su esperanza
Vencer sin miedo en la feroz contienda.

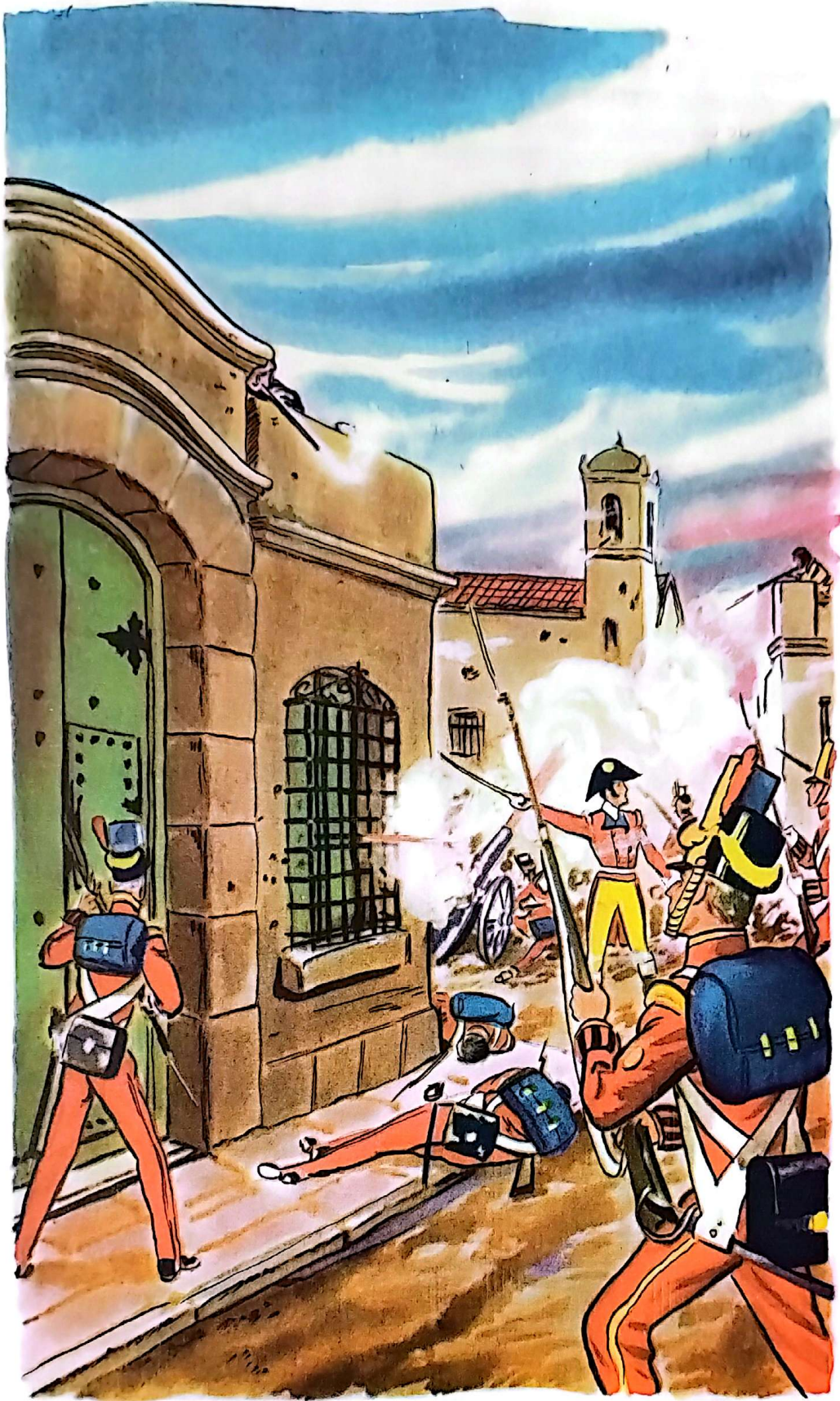
Encarnizado y fiel sigue la senda
Donde por premio a tanto afán alcanza
La muerte o el olvido: es la matanza
Que ennoblece por ser patriota ofrenda.

¡Qué importa si en la lucha cae herido
Al pie del pabellón idolatrado,
Si vislumbra en su mente enardecida

Libre el pueblo que heroico ha defendido
De toda humillación! ¡Gloria al soldado
Que en honor de la patria da su vida!

Las primeras filas de nuestro ejército fueron cubiertas en la época colonial. Podemos hacer retroceder la memoria hasta los batallones de





nativos que se formaron durante el Virreinato con el objeto de defender a Buenos Aires de las invasiones inglesas.

Aquellos cuerpos de guapos hijos de este suelo se denominaron: Patricios, al mando del coronel don Cornelio de Saavedra; Arribeños, Húsares de Pueyrredón, Granaderos, Pardos y Morenos, Cazadores Correntinos y otros.

Probados en la tremenda lid entablada por la reconquista de Buenos Aires, se cubrieron de gloria tomando el Fuerte en la primera invasión y la iglesia de Santo Domingo en la segunda.

Dedicaremos unos párrafos a dichos combates, ya que ellos fueron, quizás, el punto de partida de nuestra independencia. Además, deseamos señalar cómo eran esos soldados improvisados que luego atinaron a rayar a la altura de las aguerridas fuerzas españolas.

Dueña Inglaterra de los mares, puso los ojos en las ubérrimas y dilatadas colonias de nuestra madre patria.

En cumplimiento de órdenes emanadas de su gobierno, el almirante Home Popham, que se había apoderado de tierras holandesas en el Cabo de Buena Esperanza, proyectó desde allí la conquista del Río de la Plata.

Con mil seiscientos hombres al mando de Guillermo Carr Berresford y doce navíos bien equipados, inició el desembarco en la costa de Quilmes.

Ante la inaudita agresión, Buenos Aires organizó una pequeña fuerza que fué fácilmente batida por los europeos.

En la tarde del 27 de junio de 1806 rendíase el Fuerte y ascendía al tope de su mástil el pabellón inglés.

Y aquí comienza, amigos míos, la actuación del soldado criollo. Juan Martín de Pueyrredón, hijo de Buenos Aires, dando una prueba inicial de su amor por la libertad — que más tarde demostraría cumplidamente en el curso de las luchas por la independencia —, reclutó en la campaña a unos setecientos gauchos con los que pensó poner sitio a la ciudad.

Su reducida hueste, reunida entre gente diestra sobre la cabalgadura como no la hay otra en el mundo, acostumbrada a los azares de una existencia difícil y de lucha incesante en medio de la pampa, constituyó el núcleo de cuerpos maravillosos que, más tarde, se cubrirían de lauros en medio continente americano.

Los criollos así se convirtieron en soldados.

Rebeldes a las imposiciones emanadas de otro mortal, prontos a dar muerte a quienquiera se opusiese al ejercicio de su voluntad, aquellos seres bravíos se avinieron instantáneamente a la disciplina impuesta por el jefe y organizaron una reducida fuerza que representó la base de la ansiada reconquista.

¿Saben ustedes, mis amigos, por qué se llamó Puente de Márquez a un maderamen que existía sobre el Riachuelo?

En uno de los encuentros que sostuvo el bisoño paisanaje con los invasores, el caballo de Pueyrredón fué muerto y aislado su jinete. Antes

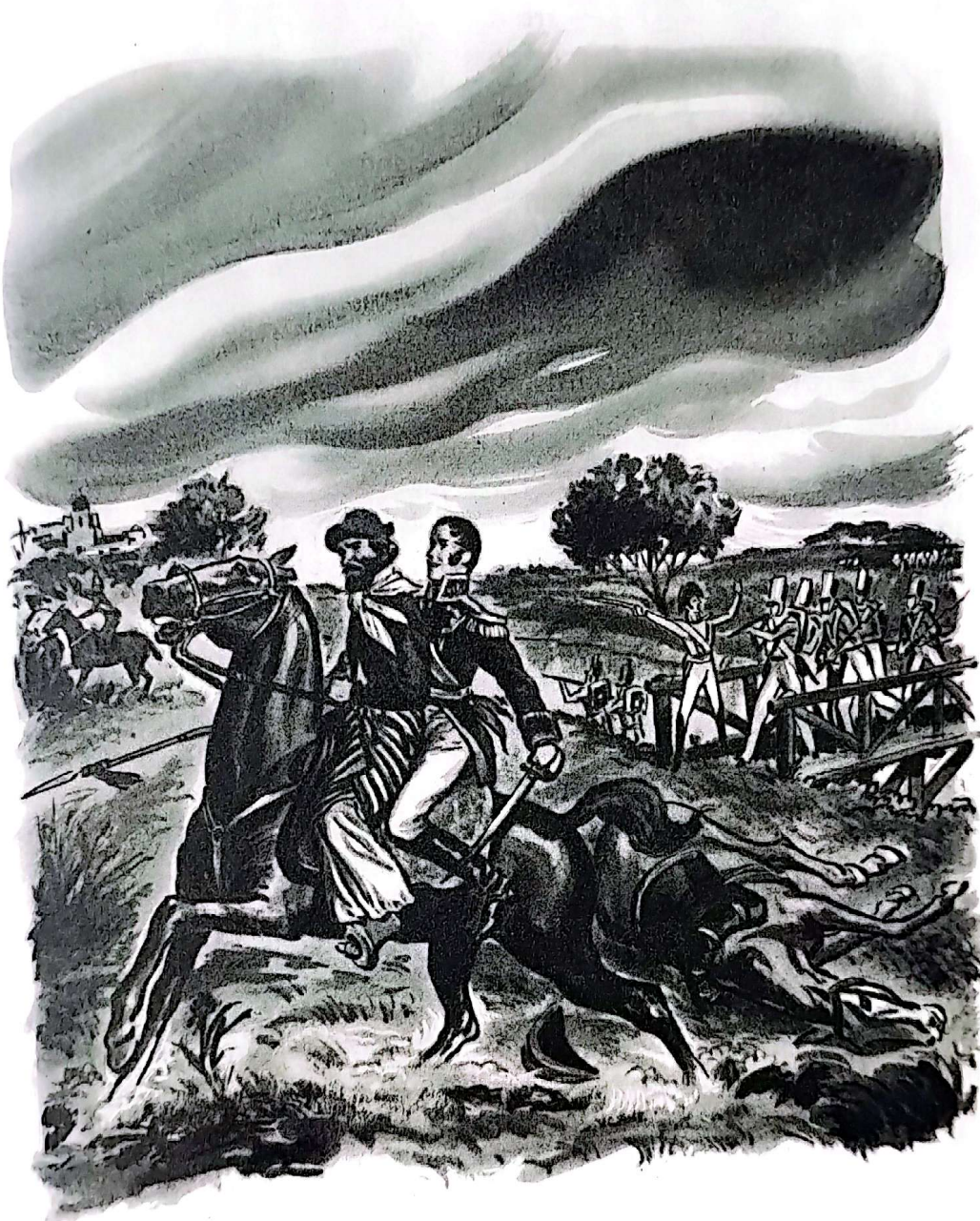
de que el enemigo pudiese poner mano sobre el patriota, un miliciano llamado Agustín Márquez sacó a aquél de tan peligrosa situación con riesgo de su vida y, montándolo en la grupa de su potro pampeano, cabalgó hacia el grueso de la tropa.

El arrojó de Márquez fué premiado por el pueblo, que bautizó al puente donde se desarrollara la refriega con el nombre de ese humilde servidor de la libertad.



Pueyrredón no cejó en su propósito.

Reunió mil hombres más —gente de la campaña, por cierto— y se aprestó nuevamente a la lucha.





Cada uno de aquellos gauchos huraños y aislados casi de toda civilización se convertía, pues, en un soldado. ¡Y qué soldado! Su temeridad no tenía parangón, y pronto se demostró maestro en la guerra de guerrillas.

Liniers se unió a los paladines de la reconquista. Trasládose a Montevideo y regresó a nuestras costas con mil milicianos, reclutados, como los de Pueyrredón, entre el pueblo generoso.

Desde los Corrales de Miserere — hasta hace poco, Plaza Once de Septiembre —, Liniers marchó sobre la ciudad e intimó la rendición a Berresford.

La de Plaza del Retiro fué la primera acción de los soldados criollos. El 12 de agosto llegaban al Fuerte y lanzaban el ataque.

En aquella justa de significativos contornos se pudo ya apreciar de lo que eran capaces aquellos seres nacidos en suelo de libres.



A mediodía los ingleses enarbolaban bandera de parlamento. Imposibilitados de proseguir adelante, se rindieron con todos sus efectivos, armas y banderas.

Fué, amiguitos míos, el bautismo de fuego de unos soldados que con el tiempo darían muestra al mundo de bravura sin par.



El hombre nacido bajo estos cielos ya conocía la guerra. Sabía de la lucha y había aprendido a obedecer. Tenía, pues, cabal conciencia de lo que es una fuerza organizada. Y llegó la segunda prueba, hartamente más ardua que la primera.

El Cabildo, receloso de otro ataque exterior, decretó la movilización y reclutamiento de los ciudadanos de Buenos Aires. El patriotismo de

éstos respondió con exceso a la demanda. Cientos de individuos pertenecientes a todas las clases sociales presentáronse a cumplir con su deber militar.

Se formaron varios batallones integrados por nativos, denominados Patricios, Húsares, Arribeños, Cazadores, Pardos y Morenos. Bajo el mando de hombres como Saavedra y Pueyrredón iban a transformarse en una falange respetable y adquirir firme conciencia de su valimiento.

La fallida tentativa de Berresford aguzó la codicia de Inglaterra. Un año después, catorce mil veteranos comandados por el general Whitelocke tomaban a Montevideo luego de un sangriento asalto. El 28 de junio desembarcaban en la ensenada de Barragán y marchaban sobre la capital del Virreinato.

Buenos Aires, sumida en el asombro y herida en su dignidad, se aprestó a la defensa.

El primer choque, adverso para las armas de los defensores, se libró en los Corrales de Miserere. Mas no todo estaba perdido. Las desbandadas líneas nativas tornaron a reunirse en la Capital y aguardaron el ataque con renovado entusiasmo.

Las fuerzas inglesas penetraron divididas en cuatro columnas e iniciaron el asalto en la madrugada del 5 de julio.

En el interior de la ciudad no había ya pueblo. Cada hombre, cada niño, cada mujer, trocábase en un guerrero.

Los cuerpos nativos se habían atrincherado y trataban de oponer una valla de contención al soberbio invasor.

La lucha fué cruel, magnífica. A las tres de la tarde el general Whitelocke firmaba su capitulación, comprometiéndose a evacuar la ciudad en término perentorio.

¡Extraordinaria victoria de un pueblo que se negaba a ser esclavo!

De ella brotó la sagrada chispa de la libertad que más tarde abarcaría todo el territorio oprimido. De ella nacieron la caballería criolla que constituiría el ariete de las batallas por la emancipación, y el soldado nuestro, en fin, gaucho altivo y solitario que, al vestir un uniforme de vistosos colores, aprendería lo que eran la disciplina y la eficacia de un conjunto militarmente organizado.



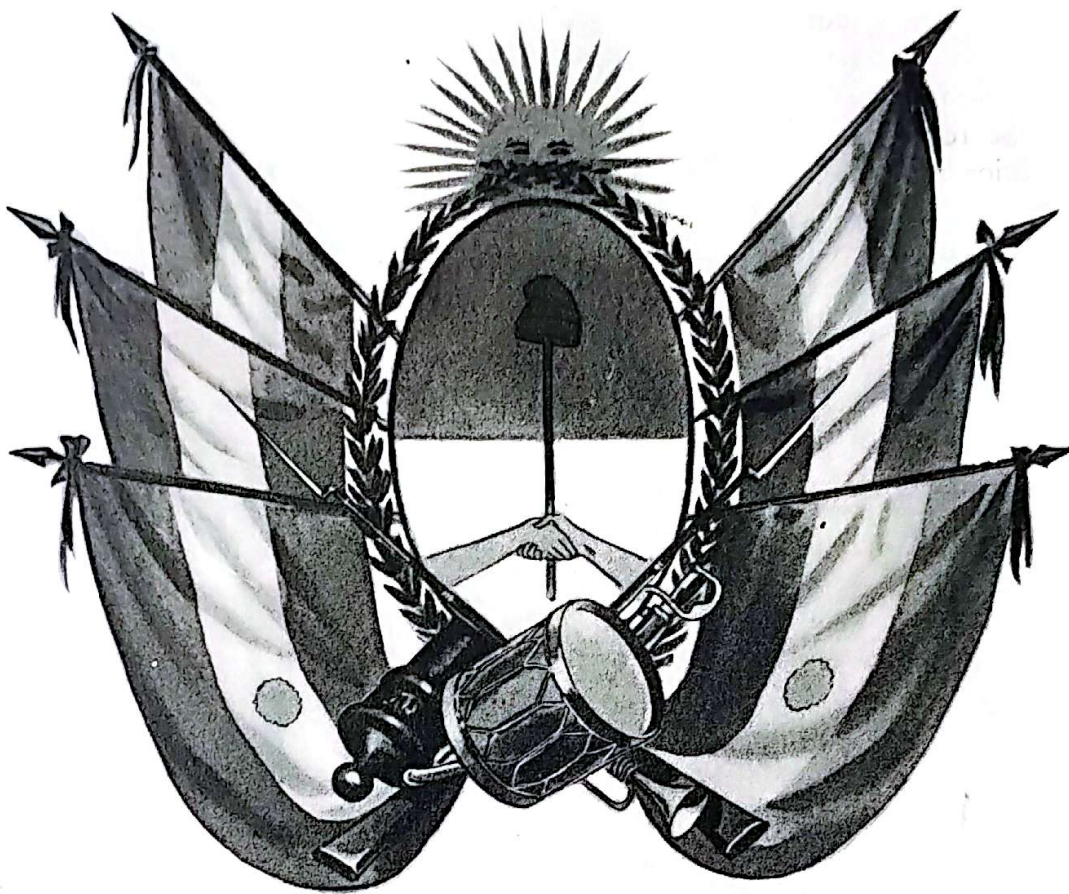
¡Y llegó la hora de la libertad!

Hora sacrosanta en que un pueblo rompía sus cadenas y gritaba al orbe azorado su anhelo de constituirse en nación señora de sus destinos.

Allá estuvo el soldado, listo para morir por la patria que nacía.

¿Y qué es la patria?

Un gran poeta argentino, Martín Coronado, la ha saludado en encendidas estrofas:



A MI PATRIA

¡Oh patria! Patria mía
Que abrumada de gloria y de grandeza
Del fondo de mi alma te levantas,
Y eres la eterna estrella que me guía,
Y la imagen de espléndida belleza
Que colora mis sueños de esperanza;
¡Oh patria! Yo te miro en el futuro
Cual el águila audaz, que asida al cielo,
Una altiva mirada al Andes lanza,
Y con potente vuelo
Hendiendo el aire puro
Se cierne como un astro en lontananza.

Y el soldado nacido en los entreveros de la Reconquista, volvió a
empuñar las armas para defender una causa nobilísima.



La mañana del 25 de Mayo de 1810, el pueblo exigió el cese de un régimen de opresión.

La Primera Junta de Gobierno, presidida por el coronel Cornelio de Saavedra, luego de prestar juramento se abocó de inmediato al estudio de los graves problemas de la hora. Una de sus primeras providencias consistió en enviar una expedición militar al interior e invitar a las provincias a plegarse a la revolución.

Otra de las disposiciones de los prohombres de Mayo mandaba la salida de un contingente revolucionario al Alto Perú con el objeto de propagar los fines del movimiento. El día 7 de junio partía de Monte Castro (Morón) un ejército compuesto de mil doscientos hombres pertenecientes a los batallones de Patricios, Arribeños y Pardos, al mando del coronel Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, el cual llevaba como segundo jefe a Antonio González Balcarce.

Así, los soldados criollos que cosecharan laureles en las calles de

Buenos Aires iban a luchar en los desolados campos de la patria nueva. Era el primer ejército de la libertad que iniciaba una campaña encaminada a pregonar la voz de la emancipación en todo territorio sojuzgado.

Gauchos de ayer, marchaban al son de tambores por los caminos sin huellas en pos de un ideal.

Allí estaba la osada caballería con sus enormes botas negras, sus morriones oscuros y sus chaquetas rojas. La formaban hombres de crecida barba, taciturnos, de mirada lejana que parecía evocar el desierto de donde habían salido.

Los paladines del ejército inaugural de la libertad se encaminaron hacia Córdoba, para luego proseguir adelante e inundarse de luz en las llanuras de Suipacha. 7 de noviembre de 1810. ¡Primer triunfo!

Largo sería relatar las portentosas proezas de esos soldados que por primera vez se trababan en un combate de trascendencia. Impulsábalos una resolución que los transfiguraba.

Suipacha representa, no sólo el primer jalón victorioso de las armas



revolucionarias, sino la demostración evidente de la capacidad de unos hombres que hasta poco antes galoparan por la pampa sin ley ni disciplina.



Manuel Belgrano, uno de los bienamados próceres de nuestra gesta emancipadora, condujo a otro pequeño ejército hacia el Paraguay en busca de la adhesión de ese pueblo hermano.

También aquí se formaron cuadros de excelentes soldados salidos del pueblo. A propósito, suele referirse la simpática anécdota de un muchachito de quince años que se llegó hasta el héroe para rogarle lo admitiera en las filas.

—Tienes muy corta edad todavía — le dijo el jefe.

—¡La edad es lo de menos cuando se sabe manejar un fusil para defender la patria! — fué la admirable contestación del niño-soldado. Con seres de esta laya emprendió Belgrano el camino del deber. Dramáticos días se sucedieron.





El ejército patriota fué derrotado en Tacuarí, pero supo colocarse a la altura de tan afligente circunstancia oponiendo obstinado pecho al vencedor.



Las primeras campañas probaron la resistencia y entereza de nuestros soldados.

El gobierno revolucionario sorteaba a la sazón serias dificultades. La escuadra española dominaba los ríos interiores, sembrando el terror entre las poblaciones ribereñas.

Con el propósito de rechazar los ataques enemigos, se comisionó a Belgrano para que levantara dos baterías en el Rosario.

El día 27 de febrero inauguraba el patricio dichos centros de defensa y hacía flamear al tope de un mástil una bandera azul y blanca, tan diáfana como el cielo que la cubría.

Esa bandera, jurada por soldados de rostro curtido y ojos húmedos, iba más tarde a ondear en las más altas cumbres de América, llevando el ideal de libertad a otros pueblos oprimidos.

Bandera que, ayer, hoy y siempre, será el símbolo de esta tierra argentina poderosa y noble.

¡Gloria a ella y a su creador!





Ante su tembloroso ondular, día a día, en todos los cuarteles, fortalezas y buques de la armada se cuadran marinos y soldados para verla elevarse majestuosamente, mientras los clarines la saludan con su voz de bronce.

Muchos poetas le han cantado.

Recordemos, reverentes, una de las más bellas composiciones escritas en su honor:

A MI BANDERA

Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria,
Núcleo de inmenso amor desconocido
Que en pos de ti me arrastras.
¿Bajo qué cielo flameará tu paño
Que no te siga sin cesar mi planta?

Cuando el rugido del cañón anuncia
El día de la gloria en la batalla,
¡Tú, como el ángel de la inmensa muerte,
Te agitas y nos llamas!

¡Allá voy, allá voy sobre las olas,
Allá voy, allá voy sobre las pampas,
Bajo el cañón del enemigo injusto
A levantarte un trono en su muralla!

¡Ah! ¡Que la sombra de la noche eterna
Me anuble para siempre la mirada,
Si un día triste te verán mis ojos
Huyendo en la batalla!
¡Página eterna de argentina gloria,
Melancólica imagen de la patria!

¡Sí, Juan Chassaing, autor de estos hermosos versos, tenía razón!
Nuestra bandera será perpetuamente seguida por llanos, mares y

montañas, y nuestros soldados caerán en la pelea escuchando el rumor de su paño.

Niños lectores, ¿no habéis sentido palpar más aceleradamente el corazón cuando pasa el abanderado a vuestra vera, a la vanguardia de la tropa en marcha?

¡Seguro estoy de que una emoción incontenible hace temblar vuestros labios y en esos instantes os sentís más patriotas y más amantes de nuestra libertad!



Y ahora continuemos con la historia del soldado argentino.

Llegan días memorables, en los que el hombre-soldado se cubre de laureles.

¡Tucumán y Salta!

Valor e inmolación sin quejas, ojos enrojecidos por la fiebre del combate, manos enérgicas empuñando el fusil libertario, músculos en divina tensión, caballería gaucha en desenfrenada carrera blandiendo sables vengadores...

¡Bandera azul y blanca tremolando por primera vez entre sangre y gritos de victoria y animando a los héroes a la sagrada lucha emancipadora!

Soldados argentinos, buenos soldados, ¡los mejores!



Y llega el homérico combate de San Lorenzo.

San Martín se encarga de la organización y adiestramiento de un regimiento, que denomina Granaderos a Caballo.

Por centenares se presentan los hombres ante el Padre de la Patria para ofrecerle su vida.

Unos son gauchos rudos; otros, porteños empujados por un romántico ideal.

Las filas se nutren de hombres decididos. Un día más y se convierten en soldados, ¡y qué soldados!

Llega la lid.

Combate tremendo, en el que hasta el propio jefe cae y es arrastrado por el caballo herido.

¡Va a morir, un godo intenta ultimarlos...! Pero ahí, presente de nuevo, está el soldado criollo.

Un correntino humilde se inmola para salvar al héroe.

Más tarde, el gobierno manda colocar en la puerta del cuartel del regimiento una placa con la siguiente inscripción:

AL SARGENTO JUAN BAUTISTA CABRAL, MUERTO EN LA ACCION DE SAN LORENZO EL 3 DE FEBRERO DE 1813. SUS COMPAÑEROS LE TRIBUTAN ESTA MEMORIA.

¡Conmovedor homenaje a un argentino, hijo de un pueblo que sabe sacrificarse por su soberanía y su libertad!



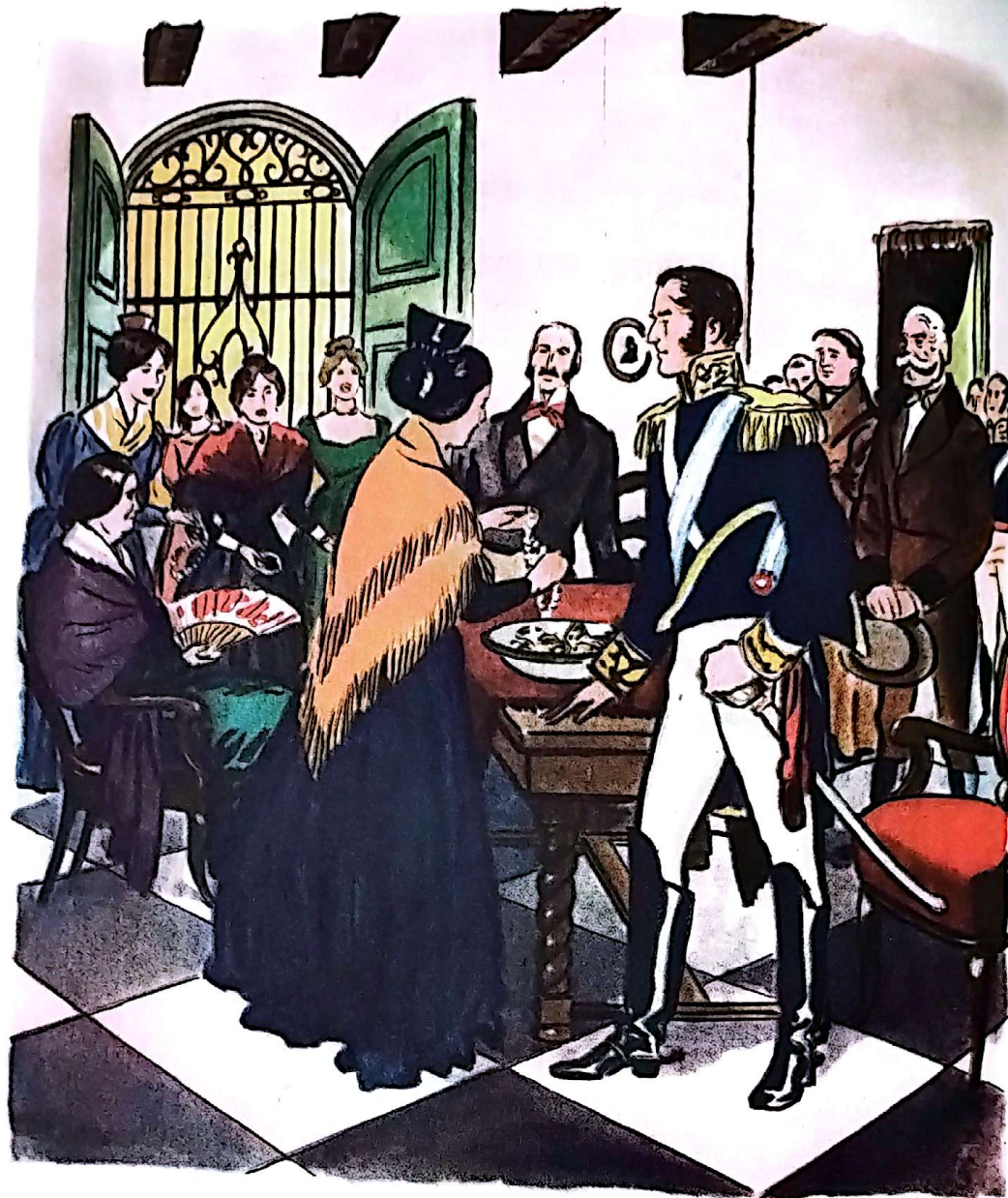
Y ahora recordaremos otra extraordinaria epopeya en la que el soldado dió muestra, no sólo de su valor sin trabas, sino de una disciplina y comprensión de la propia responsabilidad que echaron las bases de sus futuros triunfos.

Llega la hora del Ejército de los Andes.

En los poblados de Cuyo, José de San Martín inicia la complicada tarea de formarlo, adiestrarlo y equiparlo para la máxima hazaña que premeditaba.

Instala el campamento en el valle de Plumerillo y pone manos a la paciente labor.

Por fortuna, no está solo. Mujeres de todas las clases sociales le



entregan sus joyas a fin de que pueda reunir el dinero necesario. Los hacendados llegan arreando incontables caballos y mulas que ceden al jefe con encomiable desinterés. Los artesanos ofrecen sus brazos para la fabricación de las armas. Los niños van y vienen portando los víveres indispensables. Y hombres, miles de hombres iluminados se presentan al general y sientan plaza arrastrados por el sagrado deber de la defensa de su suelo.

Comienza una tarea sin tregua. Dos años pasan, y el Gran Capitán cuenta, para entrar en combate, con cuatro mil hombres perfectamente preparados, con otros mil doscientos para servicios auxiliares, un parque repleto, víveres y abundante ganado. Al ordenar la marcha hacia la gran cordillera, escribe estas palabras maravillosas:

“Lo que no me deja dormir es, no la oposición que pueden hacerme los enemigos, sino el atravesar estos inmensos montes.”

La genial operación militar reclama todo su talento guerrero, toda su osadía de caudillo, toda su previsión de estratega, toda la lealtad de la tropa.

Pero, esa tropa, integrada por magníficos soldados, responde totalmente a la fe de su comandante.

La marcha por las empinadas cumbres, por fragosos caminos bordeados de profundos abismos, junto a picachos cubiertos de nieves eternas, prosigue lenta y segura. Los soldados, cargando los avíos de guerra, trepan sin vacilaciones ni fatigas, afrontan las inclemencias de una naturaleza bravía y hostil.

Trasponen la cordillera y se vuelcan como un torrente en los llanos



de Chacabuco y una vez más el clarín de victoria se deja oír, pero esta vez en lugares extraños y lejanos.

En versos cuya potencia expresiva ha resistido el paso de los años, un sumo poeta nuestro, Olegario V. Andrade, ha exaltado aquella gesta prodigiosa:

EL NIDO DE CONDORES

Canto III.—Pensativo a su frente, cual si fuera
En muda discusión con el destino,
Iba el héroe inmortal que en la ribera
Del gran río argentino,
Al león hispano asió de la melena
¡Y lo arrastró por la sangrienta arena!

El cóndor lo miró, voló del Ande
A la cresta más alta, repitiendo
Con estridente grito: "¡Este es el grande!"
Y San Martín, oyendo,
Cual si fuera el presagio de la historia
Dijo a su vez: "¡Mirad! ¡Esa es mi gloria!"

Canto IV.—Siempre batiendo el ala silbadora,
Cabalgando en las nubes y en los vientos,
Lo halló la noche y sorprendió la aurora;
¡Y a sus rancos acentos,
Tembló de espanto el español sereno
En los umbrales del hogar ajeno!

Un día... se detuvo; había sentido
el estridor de la feroz pelea.
Viento de tempestad llevó a su oído
Rugidos de marea.
¡Y descendió a la cumbre de una sierra,
La corva garra abierta, en son de guerra!

¡Porfiada era la lid! Por las laderas
Bajaban los bizarros batallones,
Y penachos, espadas y cimbras,
Cureñas y cañones,
Como heridos de un vértigo tremendo,
En la sima fatal iban cayendo!



¡Porfiada era la lid! En la humareda
La enseña de los libres ondeaba,
Acariciada por la brisa leda
Que sus pliegues hinchaba.
¡Y al fin, entre relámpagos de gloria,
Vino a alzarla en sus brazos la victoria!

José de San Martín, lectorcitos míos, fué, amén del Santo de la Libertad, el hombre minucioso, el técnico paciente que supo forjar una falange invencible con soldados que en todo momento justificaron la confianza depositada en ellos.

Luego de libertar pueblos distantes, dió al mundo una muestra de increíble falta de vanidad, entregando el mando de sus tropas a otros conductores a fin de evitar luchas fratricidas que bien hubieran podido comportar el fracaso de toda la causa de la independencia.



Pocos varones semejantes han nacido en la tierra. He aquí el homenaje poético de Gervasio Méndez:

A SAN MARTIN

¡Ah! ¡Quién pudiera levantar la vida
Sobre esas nubes que acaricia el viento,
Y en luz de estrellas y ternuras de ángel
Bañar el arpa y arrullar tu sueño!

¡Beber de Dios, en la inspirada frente,
El blando acorde de su ritmo eterno
Para decirte, en inmortales himnos,
Que tu memoria, San Martín, no ha muerto!

Y ahora, mis amigos, les hablaré de otros soldados, los fieros y cerriles gauchos de las montoneras de Martín Güemes.

¿Quién era Güemes?

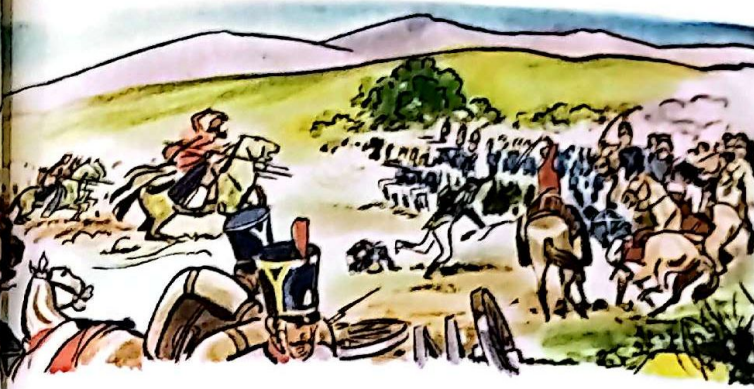
Hijo de Salta, de familia distinguida, y fervoroso paladín de la libertad, hizo sus primeras armas en las invasiones inglesas de 1806 y 1807. Fué combatiente activo en la gloriosa hazaña de Suipacha y, más tarde, quedó encargado de la defensa de la frontera norte del país.

Allí comienza su trayectoria inmortal.

El joven caudillo llamó a los gauchos a las armas.

Eran hombres toscos, hechos a la vida semisalvaje, indóciles y huraños, pero llevaban muy adentro del corazón el anhelo de libertad propio de los que nacen entre cumbres solitarias.

Güemes hizo de ellos buenos soldados. Los adiestró en el arte de la



lucha, les enseñó las estratagemas de la guerrilla en los misteriosos pasos de la cordillera, encendió en sus almas la llama sagrada de la patria libre. Una vez logrados todos esos objetivos, aquellos montañeses únicos, que adoraban a su jefe, se convirtieron en el dique donde se estrellaron las ambiciones del enemigo. Todos los esfuerzos realistas para invadir el suelo argentino fueron vanos.

Gracias a este aliado extraordinario, San Martín pudo cruzar los Andes, libre del temor de verse detenido en alguno de sus flancos.

Güemes y sus gauchos perduran y perdurarán en nuestra memoria como incomparables campeones de la libertad.

Un vate argentino de levantada inspiración, José María Zuviria, compuso estos hermosos versos en honor del héroe:

Salta, Güemes, libertad y patria,
Constelación de nombres que iluminas
La senda de las armas argentinas,
De triunfos coronándolas, ¡salud!

¡Gloria a Salta, provincia que, fecunda
Madre de genios, concibió al guerrero
Que electriza a los pueblos, y el primero
Les dió ejemplo de honor y de virtud!

El soldado argentino, concluidas las titánicas luchas por la independencia, ha sido siempre el escudo de los más altos ideales de la patria.

Honrosamente muere en las llanuras de Ituzaingó, Cepeda, Pavón y en las sangrientas jornadas de Humaitá y Tuyuti.



Luchando hombro a hombro con la masa civil, no olvida que es el custodio de la tranquilidad y la felicidad del pueblo confiado a su honor.



Y ya estamos, lectorcitos míos, en los años actuales.

Adiestrados y dirigidos por jefes superiormente capacitados, los batallones argentinos de todas las armas son un ejemplo de organización severa y de enseñanza eficiente.

En cuarteles y campos de maniobras, día a día, desde la salida del sol, el soldado nuestro aprende a defender la patria y practica los ejercicios más modernos del mundo.

Y nuestra alegría y nuestro orgullo se traducen en lágrimas cuando, en los memorables aniversarios de nuestra independencia, lo vemos cruzar airoso las calles de la ciudad, marcial el porte, erguida la frente, enérgica la mirada.

Soldados nuestros nacidos del pueblo trabajador, que saben de vicisitudes, trabajo y lealtad; muchachitos queridos que, llevando en sus hombros el fusil de la defensa, recuerdan sin quererlo a otros inmortalizados en el bronce: Falucho, Cabral, Baigorria, los sargentos de Tambo Nuevo, el tambor de Tacuarí, el trompa de Cancha Rayada y muchos más evocados por el clarín penetrante, entre tremolar de pendones y temblor de labios.

Pero nuestro soldado no sólo se incorpora al ejército para aprender el arte de la guerra.

A diario lo vemos protagonista de acciones heroicas en las que juega la vida.

Hemos admirado a nuestros conscriptos en abnegadas intervencio-

nes como la del terremoto de San Juan, en incendios de entre cuyas llamas han salvado a no pocas víctimas inocentes, en naufragios, sucesos callejeros, accidentes de toda índole y en todo lugar donde hubiere que exponer la vida en aras de algún deber humanitario.



Hoy, que la Argentina se encuentra colocada en prominente lugar dentro del concierto de las naciones; hoy, en que la vemos defender al desheredado, hablar de paz a una humanidad entristecida, iluminar con su credo de justicia social una nueva etapa de trabajo, nuestro soldado sabe estar a la altura de las magníficas circunstancias.

El soldado es el pueblo mismo, el hijo de la masa sufriente olvidada hasta hace poco y que hoy sonríe dichosa ante la sanción de leyes que la elevan y colocan en el sitio de que habló Cristo hace dos mil años cuan-



do pronunció aquellas inefables palabras: "Amaos los unos a los otros".

Un mandatario justo, soldado también, comprensivo y patriota, dirige el país en esta extraordinaria hora de su historia. Ese hombre ha proclamado la Segunda Independencia Argentina. Ese hombre ha defendido nuestra soberanía hasta en las remotas tierras antárticas donde la luz del sol dora apenas las montañas nevadas. El ha incorporado a la Nación a muchas empresas extranjeras que desangraban nuestra economía y debilitaban nuestra potencialidad, convirtiéndonos en vasallos cuando, en realidad, éramos amos.

El ha proclamado los derechos del trabajador, dando con ello una cabal prueba de comprensión de eso que llaman justicia.

El ha ennoblecido al humilde, al descamisado, de quien escuchó las quejas y cuyos dolores se detuvo a aquilatar. Ha pagado deudas exorbitantes contraídas por gobiernos anteriores, liberando al país de tales gravámenes.

Ha dignificado al hombre de labor, arrancándolo a las sombras de políticas inadecuadas a nuestra vida de liberalismo y abundancia. Su palabra serena se ha escuchado una y mil veces, pidiendo paz y concordia entre los argentinos a fin de que podamos luchar unidos por una patria mejor.

Ese mismo soldado ha preparado y hecho sancionar por las Cáma-





ras proyectos de ley que llevarán la Nación a insospechadas cimas de riqueza, cultura y engrandecimiento.

Ha mandado edificar miles de casas para las gentes necesitadas.

Ha creado institutos y centros de investigación científica.

Ha propiciado la erección de centenares de escuelas, levantado hospitales, institutos de enseñanza obrera y colegios especializados.

Ha hecho colocar nuevas vías férreas y fundado pueblos en los rincones más apartados de los territorios nacionales.

Ha ordenado izar la bandera azul y blanca en los remotos confines polares, pues aun allí existe suelo patrio.

Ese hombre, a cuyo paso presenta armas el soldado argentino, orgulloso de tenerlo como conductor, no es otro, cordiales amiguitos míos, que el general Juan Domingo Perón.



Perón es un soldado más, fiel heredero de las virtudes de autosacrificio y altruismo propias de los guerreros de pasadas edades.



Como ellos, defiende los fueros de su país, y como ellos también, lo hace todo inspirado por un solo ideal: la grandeza nacional.



Y para concluir esta breve reseña de lo que ha sido y es el soldado argentino, transcribo un fragmento del sentido poema de Comas, en el que un soldado se despide de su madre para ingresar en las filas:

LA MADRE DEL PATRIOTA

«Voy a partir, ¡oh madre idolatrada!
Donde la ley del patriotismo impera;
Hoy me llama la patria desolada,
Voy a morir al pie de la bandera.

«Es la patria de Pringles valeroso,
De San Martín, de Paz y de Belgrano,
Que un trono levantarán poderoso
Con astillas del cetro castellano.

«La sangre de mis padres derramada
Aun en los campos de victoria humea,
Y la enseña de Salta desplegada
Del Andes en la cúspide flamea.

«Voy a partir de tu regazo amado
Como la alondra que abandona el nido;
Mas, tu recuerdo vivirá sagrado
Con el recuerdo de mi patria unido.»

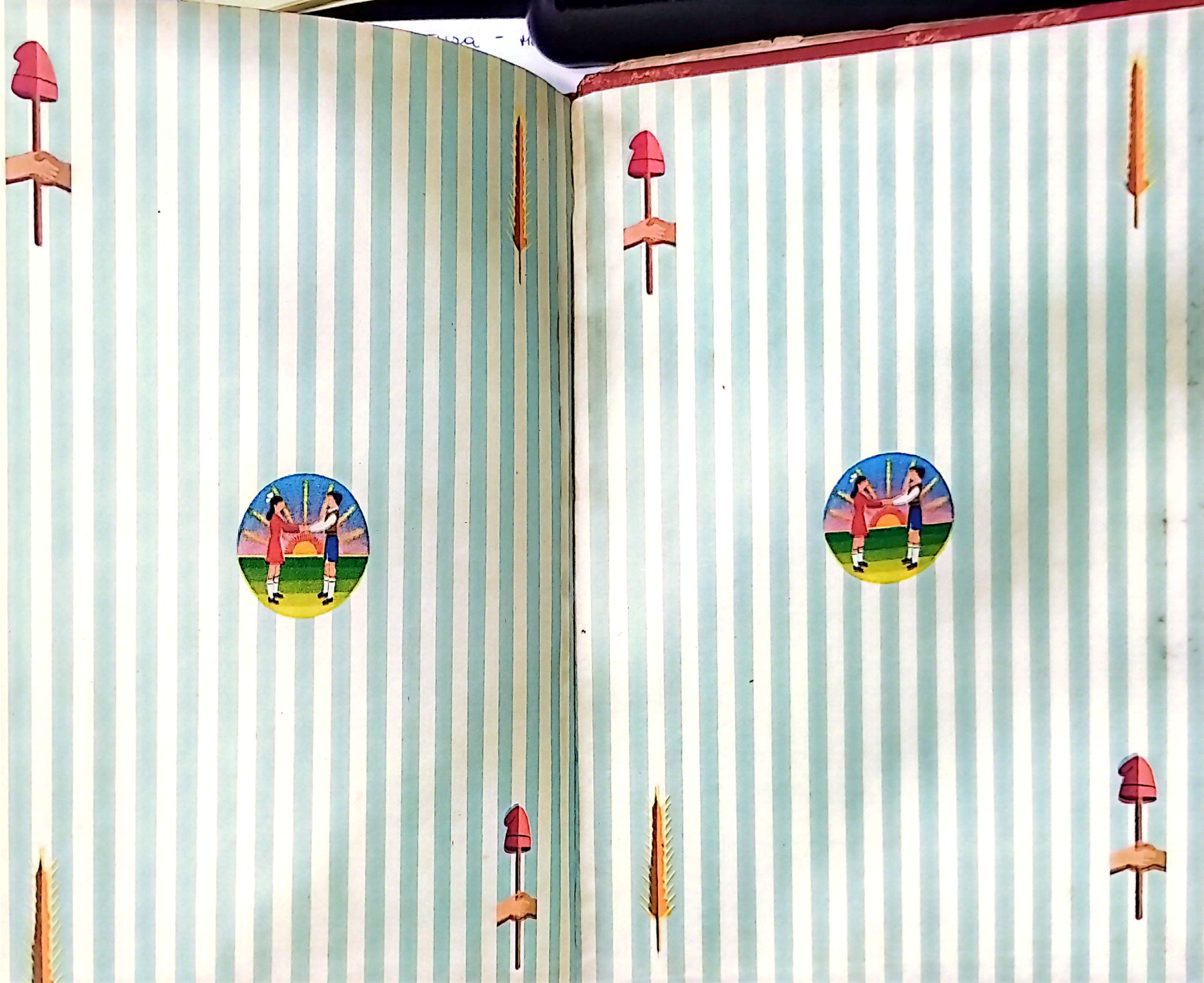
.....

Calló su acento de valor henchido
Que de fuego sus ojos inundaba,
Y con eco vibrante y conmovido
Respondióle la madre que lloraba:

«Cuando llama la patria que afligida
El grito escucha de venganza lleno,
Su lamento acallando dolorida
Debe la madre desgarrar su seno.

«Para vencer al déspota sañudo
Nació noble el soldado americano:
Parte a morir en el combate rudo
Envuelto en la bandera de Belgrano.»





BIBLIOTECA INFANTIL "GENERAL PERON"

TITULOS QUE COMPONEN ESTA BIBLIOTECA

Nº 1 Cuentos de hadas de la República Argentina. Nº 2 Cuentos criollos. Nº 3 Cuentos heroicos argentinos. Nº 4 El niño en la Historia Argentina. Nº 5 Aventuras de dos niños peronistas. Nº 6 La segunda independencia. Nº 7 Cuentos del 17 de Octubre. Nº 8 Historia de los gobiernos argentinos. Nº 9 El ejército del pueblo. Nº 10 Una mujer argentina: "Doña María Eva Duarte de Perón". Nº 11 Historia de las elecciones argentinas. Nº 12 La Argentina milagrosa.